

Proust, Freud, los signos y la sospecha

De hecho, si ha habido una disciplina científica que, a la vuelta del siglo, puso en evidencia la importancia del detalle insignificante y residual, es el psicoanálisis. El mismo Rivière acierta cuando asocia a Proust y Freud a partir de la traducción francesa de la *Introduction à la psychanalyse* (Payot, 1922). En «Marcel Proust et l'esprit positif», Rivière intenta, desde enero de 1923, una primera aproximación a Freud, para señalar el espíritu crítico de Proust, que desafía las apariencias, sospecha de lo inmediato de los sentimientos: «Proust tuvo el genio de la sospecha» declara Rivière¹³ y habla igualmente de «la inmensidad de la sospecha proustiana» contra la cual «no hay defensas». Lo que Nathalie Sarraute denominará más tarde «la era de la sospecha», aparece aquí de manera fundamental, pues, en efecto, la sospecha se vincula con la soberana atención al signo y Rivière así lo constata: «Proust y Freud inauguran una manera de interrogar a la consciencia. Rompen con las indicaciones del sentido íntimo (...) esperan, acechan, en lugar de los sentimientos, sus efectos; sólo quieren comprenderlos a través de sus signos»¹⁴. Al terminar su primera conferencia en el Vieux Colombier, evalúa el interés de la empresa freudiana y se expresa, de nuevo, con los términos «signos» y «sospecha»: «Freud escapa al error de los psicofisiólogos, aceptando como referencias de la vida psíquica solamente unos hechos psíquicos (...), pero, por otra parte, no cree en estos hechos psíquicos; quiero decir que no acepta su rostro. Los mira *a priori*, a la vez, como mentirosos y explicables. Se sirve de estos signos para remontarse inductivamente a una realidad psíquica más profunda y enmascarada»¹⁵. El acercamiento a Freud está claro: «Lo que Freud nos enseña de extraordinariamente nuevo y fecundo, es la atención a los signos involuntarios, es no creer lo que las gentes dicen y a buscar la verdad de lo que sienten y piensan sólo en los accidentes de gesto y palabra que les suceden»¹⁶. Ciertamente, es una reflexión sobre el amor —cuya metonimia «corazón humano», ingenuamente conservada por Rivière, muestra a las claras una perspectiva todavía muy condicionada por las preocupaciones del siglo anterior— donde Rivière formula estas opiniones. Pero la comprobación es importante: el mundo se da sólo en sus signos y estos signos son mentirosos.

¹³ Jacques Rivière: «La NRF répond», Les Nouvelles Littéraires, retomado en Cahiers, cit., p. 192.

¹⁴ Jacques Rivière: «Marcel Proust et l'esprit positif», NRF, uno de enero de 1923, retomado en Cahiers, cit., p. 83.

¹⁵ Jacques Rivière: «Quelques progrès...», conferencia «Les trois grandes thèses de la psychanalyse», 10 de enero de 1923, retomado en Cahiers, cit., p. 105.

¹⁶ Jacques Rivière: «La NRF répond», cit., p. 191.

El acercamiento entre Proust y Freud o, más acertadamente, entre Proust y el psicoanálisis, ha sido fecundo para la crítica literaria, que ha multiplicado las lecturas psicoanalíticas de *En busca...* a partir de 1956, pero la perspectiva adoptada por Philippe Lejeune, Serge Doubrovsky, Dominique Fernández y escritores afines, no es exactamente la abierta por Rivière. Porque el crítico de la *NRF* comparaba a ambos escritores por su procedimiento –llega a hablar de método– en tanto los demás intentan, por el contrario, aplicar a Proust el método de Freud. Hacen de Proust el objeto de Freud, disolviendo la asociación que Rivière había instituido entre los dos hombres. Sólo Julia Kristeva, en un pasaje de su libro denominado justamente «L'interprétation entre mots-signes et mots fétiches: une beauté», compara ambas empresas desde el punto de vista de su modo de funcionamiento, lo que ella define como «dar signo a lo sensible»¹⁷.

La verdad por los signos

Antes que Kristeva, Deleuze, cuyas conflictivas relaciones con el psicoanálisis freudiano son bien conocidas, recobra la vía esbozada por Rivière. El filósofo afirma con firmeza que *En busca...* es «una búsqueda de la verdad»¹⁸. Proust escribía en carta a Rivière que había encontrado «más probo y delicado como artista no declarar que he partido en busca de la Verdad»¹⁹. Se ve que las mismas intenciones del autor corroboran la constatación del filósofo. La verdad, sigue Deleuze, «no se halla por afinidad ni por buena voluntad, sino que se traiciona por medio de signos involuntarios»²⁰. Entonces: los medios para alcanzar esta verdad sólo pueden ser los signos que el narrador encuentra a lo largo de su «carrera». «Todo lo que nos enseña algo, emite signos; todo acto de aprendizaje es una interpretación de signos o de jeroglíficos»²¹. Cabe recordar los términos en que Proust resume la experiencia del narrador: «Ya, en Combray, yo fijaba con atención ante mi espíritu alguna imagen que me había obligado a contemplar, una nube, un triángulo, un campanario, una flor, un guijarro, sintiendo que, tal vez, bajo esos signos había algo muy distinto de lo que yo intentaba descubrir, un pensamiento que traducían esos caracteres jeroglíficos que parecían representar apenas unos objetos materiales. Sin duda, este

¹⁷ Kristeva, *cit.* pp. 301-304.

¹⁸ Gilles Deleuze: *Proust et les signes, cit.*, p. 23.

¹⁹ Marcel Proust: *Correspondance, édition Philip Kolb, Plon, carta del 7 de febrero de 1914.*

²⁰ Deleuze, *cit.*, p. 24.

²¹ Ídem, p. 11.

desciframiento era difícil, pero era lo único que ofrecía una verdad a la lectura»²².

Los objetos hermenéuticos

Se trata, pues, de discernir, en la infinita profusión de lo diverso, qué cosas sean «esas-cosas-que-son-signos». Pero estos signos no se ofrecen a la investigación concertada, sólo aparecen en las vueltas del azar y los encuentros casuales. No es, como dice René Girard, a propósito de Proust, que «El momento presente sea un vasto desierto privado de indicios»²³. Si, efectivamente, «la verdad no está inmediatamente presente en ninguna parte» no es menos cierto que los signos que permiten una aproximación a ella ya están allí, poblando el momento presente. Se trata, ante todo, de reconocerlos, por la emoción sensible que provocan, y luego, de interpretarlos. El primer momento del aprendizaje consiste en «considerar una materia, un objeto, un ser como si emitiesen signos a descifrar», confirma Deleuze. La presencia de signos en *En busca...* es profusa, disimulada y múltiple. No basta con las secuencias que la posteridad crítica ha retenido. El sistema de ecos de la novela permite atribuir a la mayoría de los elementos que la constituyen, un rol semiológico más o menos desarrollado. Si la magdalena es importante porque inaugura uno de los funcionamientos mayores de los signos en la novela, no ha de tomarse por el árbol que oculta al bosque. La sistematización final que constituye *El tiempo recobrado*, en su primera y tercera partes (Tansonville y la merienda en lo de Guermantes) multiplica sus alusiones a tal o cual otro momento de *En busca...*, el que, iluminado por un valor nuevo, se encuentra promovido a la dignidad de signo.

Otro crítico atento a este aspecto de la obra proustiana, Jean-Pierre Richard, propone denominar «objetos hermenéuticos» a todos los objetos interpretables que el novelista distribuye a lo largo de su libro, figurados o afantasmados, como bien lo muestran tanto Richard como Deleuze, bajo la forma de cajas, de contenedores, de envoltorios, que ocultan el sentido. Richard da una numerosa lista e insiste sobre el hecho de que debe agregarse «una multitud más, hecha de cosas humildes y anónimas, pero del mismo valor»²⁴. Si todos estos elementos no han sido objeto de un desarrollo tan importante como la magdalena, no por ello dejan de ser signos y, aunque parezca sorprendente, desde la primera lectura. En efec-

²² Marcel Proust: *Le temps retrouvé*, RTP, III, 878.

²³ René Girard: *Mensonge romantique et vérité romanesque*, Grasset, París, 1961, p. 236.

²⁴ Jean-Pierre Richard: *Proust et le monde sensible*, Seuil, París, 1974, p. 133.

to, el episodio inaugural, construido enteramente por el trastorno provocado por la sensación y la primera tentativa de interpretar tal trastorno, instruye al lector: de allí en adelante todo trastorno sugerido con cierta insistencia textual será llevado a considerar el objeto evocado como un signo de la misma naturaleza, si no de la misma amplitud, aunque no se obtenga inmediatamente el sentido²⁵. Porque tales objetos son también unos enigmas: «Separados en dos faces distintas, el anverso significativo dirigido hacia nosotros, el reverso significado que se escapa, el primero indica al segundo, apuntando hacia él, pero a la vez ocultándolo, prohibiéndole el menor gesto, y ambos sólo se dan en la duplicidad²⁶.

Interpretación y desarrollo de los signos

Los signos no son inmediatamente claros. Es, sobremanera, lo que muestra la reflexión proustiana sobre los celos: «Viendo a Odette hacerle ese signo falso, Swann comprendió que tal vez fuera verdadero»²⁷. El signo puede estar marcado con algún defecto que invierte su significación y lo vuelve enigmático. Proust ha insistido sobre esta particularidad que confunde la significación del gesto más obvio. El desprecio del narrador por el gesto de Gilberte, al comienzo de la novela, es característico de este fenómeno. Más allá de las ambigüedades y errores de interpretación, por otra parte necesarios a la economía del libro, hay que contar asimismo con aquello que el signo disimula o, en el signo mismo, disimula el sentido. Richard ha subrayado la importancia de ese velo colocado entre el sentido y su intérprete: «Velado, el sentido se retira tras una pantalla opaca: pero este retiro acrece, por la fascinación que provoca todo ocultamiento, su carácter excitante y deseable»²⁸.

Hemos de ocuparnos de una suerte de reverso del círculo hermenéutico. Si lo oculto acrece el deseo interpretativo, ese mismo deseo turba las facultades interpretativas del sujeto. «La manifestación del objeto hermenéutico se religa siempre, de la manera más variada pero también más evidente, con la presencia, diría que con la urgencia de un deseo»²⁹, escribe Richard. La palabra deseo ha de ser tomada aquí en un sentido amplio: ¿hay un deseo del signo o, habiéndose manifestado el signo, aparece un deseo de conocer su sentido? El deseo se prolonga y siempre

²⁵ Ver, por ejemplo, el artículo de Philippe Lejeune sobre «las garrafas del Vivonne», en: *Recherche Proust, édition Genette-Todorov, Seuil, París, 1980.*

²⁶ *Jean-Pierre Richard, cit., p. 134.*

²⁷ *Proust, RTP, I, 362.*

²⁸ *Jean-Pierre Richard, cit., p. 135, quien cita en su apoyo, «la idea invisible detrás de su velo, de la perfección de la Berma» (RTP, I, 443).*

²⁹ *Richard, cit., p. 156.*